

mente la una á la otra, que no forman sino un todo solo.

P. ¿Cual es la cuarta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La cuarta prueba de la existencia de Dios, que saco de mi mismo, es las relaciones maravillosas, que se hallan entre el hombre y el mundo; relaciones tan necesarias, que es evidente que el mundo es hecho para el hombre, y el hombre para el mundo; porque para establecer estas relaciones, han sido necesarias combinaciones infinitas, de las cuales es capaz solamente un Espíritu infinito.

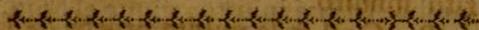
P. ¿Cual es la quinta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La quinta prueba de la existencia de Dios, que saco de mi mismo, es el orden que reyna en el mundo moral, del cual yo soy una parte, y en la sociedad de los hombres, no obstante la diferencia, la oposicion misma y el combate con-

tínuo de sus inclinaciones; porque para hacer resultar la union de los hombres de todo lo que parece separarlos, ¿no es precisa una profundidad de conocimientos, y una sabiduria que no puede convenir á otro que á Dios?

P. ¿No hay otras pruebas de la existencia de Dios?

R. Hay una infinidad de ellas, que las buenas lecturas, la conversacion de las personas piadosas é instruidas, la contemplacion de las obras de Dios; y sobre todo, la invocacion continúa de su ayuda, me harán conocer y sentir.



SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

Probando la existencia de Dios, mi querido Teotimo, hemos echado el
Tom. I. E

primer cimiento á la religion y á la moral ; pero antes de razonar sobre este principio, debemos apoyarlo con otros dos principios, que no son, ni menos necesarios, ni menos evidentes. El primero es la distincion del bien y del mal moral ; el segundo, es la libertad del hombre.

¿Las acciones de los hombres son todas de un mérito igual? ¿Cuando se dice de una accion, que ella es buena, ó que ella es mala, se dice la misma cosa en el fondo? ¿Hay una diferencia real entre el vicio y la virtud, ó no hay ninguna? ¿El que es recto, justo, humano y bienhechor, no merece mas nuestros elogios, que el hombre falso é injusto, y que el hombre injusto y sin entrañas? Respóndeme, Teotimo; pero estas confuso, y como embargado de horror. Ya lo veo, Teotimo, que aunque eres jóven, tu entendimiento y tu corazon han decidido ya esta cuestion. Esto no me sorprende; porque es constante que los peores hombres que el mundo haya visto, jamas han pen-

sado seriamente que el vicio y la virtud sean una misma cosa.

¿No es efectivamente cierto, Teotimo, que luego que ves á alguno de tus condiscípulos mentir, jurar, arrebatarse de cólera, violar sus promesas, y tratar á los otros con dureza, concibes contra él cierta indignacion, aversion y desprecio? Al contrario, cuando ves que uno de tus condiscípulos está lleno de dulzura, de franqueza y sinceridad, que no engaña jamas á los otros, los dispensa todos los favores que puede; y vive con ellos en una perfecta armonía; tu lo apruebas, tu le amas, tu le eres favorable, y buscas su compañía. No es esto todo; tu juzgas de tí mismo, como juzgas de los otros. Cuando has mentido, cuando has faltado á tu promesa, cuando has cometido alguna violencia, cuando te has entregado á algun esceso, tu te reconvienes á tí mismo, estas avergonzado y confuso, y tu te eres tan enfadado á tí mismo, que no te puedes aguantar; y luego que has hecho alguna bella

accion, te apruebas á tí mismo, porque conoces que estas en el órden. Un júbilo secreto se esparce entonces en tu alma, y llevas por todas partes una paz deliciosa.

Luego tu sabes, Teotimo, que hay acciones que son buenas, y otras que son malas: ¿mas cómo lo sabes? Por tí mismo. Hay en tí una luz viva y penetrante, que te enseña esta verdad tan claramente, que no puedes dejar de verla. Ahora, sabe que esta luz está en todos los hombres, y que cada uno de ellos experimenta en sí todo quanto pasa en tí, cuando haces lo bueno ó lo malo.

Tu no puedes decir aqui que no sabias, hablando propiamente, que ciertas acciones eran buenas, y otras malas; pero que tu lo creias, porque tus padres, tus maestros ú otras personas te lo han dicho.

No, mi amado Teotimo, tu no puedes hablar asi, porque: 1.º, tu sabias muy bien que (aunque eras jóven) habias discernido por tí mismo, y antes que nadie te lo hubiera ad-

vertido, la bondad y la maldad de ciertas acciones. El temor que siempre has tenido de cometerlas, ó la vergüenza que has experimentado, á pesar tuyo, al egecutarlas, es para tí una prueba convincente de ello. En segundo lugar, es cierto que desde que te digeron que la mentira, la traicion, el robo, el homicidio, la ingratitude, y la falta de obediencia á nuestros superiores, eran vicios; tu entendimiento ha recibido estas verdades tan prontamente, y las ha dado una aprobacion tan llena y tan entera, que te parecia estarte diciendo lo mismo que tu sabias; y en efecto siempre lo supiste; pero aun no habias pensado en ello distintamente. Cuando han anunciado estas verdades en presencia tuya, mas bien las has aprobado que aprendido. Luego hay en tí una luz que te hace discernir el bien y el mal, asi como hay otra que te hace conocer lo verdadero y lo falso. Por esto, cuando te han dicho que dos y dos son cuatro, no asientes mas prontamente á esta pro-

posicion, que á la que oyes de que el homicidio es una mala accion.

Todas las naciones que existen, y todas las que han existido sobre la tierra, han estado siempre, y lo están tambien hoy de acuerdo sobre este punto esencial: todas las historias, y todas las relaciones que nos llegan de países estrangeros dan fe de ello, y yo podria decir que todos los hombres, sin esceptuar uno solo.

No hay hombre malo que no se avergüence de su maldad: no hay hombre malo que no deteste la maldad de otro; y todos los hombres, sean buenos ó sean malos, estiman y alaban la virtud.

¡Cómo! Teotimo, el que mata á un hombre, y el que salva la vida á otro; el hijo descastado, ó que ultraja á su padre, y el hijo bien nacido que respeta y honra el suyo; el usurpador del bien de otro, y el hombre justo; el traydor, el pérfido, y el hombre recto y sincero, ¿serian tan buenos y tan estimables el uno como el otro?

¿El primero no mereceria ni desaprobacion ni castigo; y el segundo no seria digno de elogios, ni de recompensas. Aunque todavia no eres mas que un niño, desafio á todos los hombres juntos á persuadirte esta paradoja.

No la emprenderán jamas, porque se contradecirian ellos mismos de una manera chocante; porque si nada es ni justo, ni injusto; si ninguna accion nó es, ni buena ni mala; si el vicio y la virtud no tienen juntos ninguna oposicion verdadera, y no son diferentes sino en el nombre, ¿por qué, pues, los hombres han establecido leyes para recompensar las buenas acciones, y castigar los delitos? ¿Para qué las vergüenzas y los suplicios contra los criminales?

Luego hay, mi querido Teotimo, una diferencia real entre el bien y el mal moral, ó lo que es lo mismo, hay acciones que por sí mismas, y de su fondo son buenas y loables, y otras que por sí mismas, y de su naturaleza son malas y dignas de castigo. Nosotros nos vemos obligados, á pesar

nuestro, á convenir en ello; porque lo sentimos así en nosotros mismos, y lo vemos en su esencia. No miramos estas acciones como buenas ó malas, porque así nos lo han dicho, sino porque la conformidad, ó la oposicion que tienen con el orden inmutable, cuya idea está en nosotros, despierta y hiere nuestros entendimientos, y los convence de tal modo, que no podemos defendernos. La diferencia que hay entre el bien y el mal moral, no es una diferencia de convencion ó preocupacion, sino una diferencia independiente de todas las preocupaciones y de todos los convenios; y en fin, una diferencia inherente á la naturaleza de nuestras acciones, y sacada de su fondo.

Convenimos en que los hombres pueden mirar un vicio particular, como una virtud; y recíprocamente una virtud como un vicio. Egemplos hay de ello que no pueden contestarse. Se sabe haber sucedido, no solo á particulares sino á pueblos enteros,

el haber caído en este error.

Pero advierte, Teotimo, 1.^o, que jamás en ningun hombre, y con mas razon, en ningun pueblo, las ideas han estado de tal modo confundidas, que se ha tomado todo vicio por virtud, y toda virtud por vicio; ó todos los vicios por virtudes, y todas las virtudes por vicios.

2.^o Que jamás han visto pueblo alguno, ni hombre, puede ser que no haya reconocido ni vicio ni virtud; y que haya mirado todas las acciones como indiferentes en sí mismas. 3.^o: Que hay ciertas virtudes que siempre lo han sido en todas partes; y ciertos vicios que han sido mirados siempre como tales en todas las naciones. 4.^o: Que jamás se ha hallado pueblo alguno, ni hombre alguno puede ser, cuyas ideas no hayan podido rectificarse, cuando había cambiado alguna virtud en vicio, ó algun vicio en virtud. Nosotros tenemos por consecuencia en nosotros mismos nociones claras, precisas é indelebles del bien y del mal moral, del vicio y de la vir-

tud, y no podemos perder estas ideas, sino cambiando de naturaleza.

De la existencia del bien y el mal moral, mi amado Teotimo, es preciso concluir necesariamente la de la libertad humana. No puede probarse la primera verdad sin demostrar la segunda. Porque si los hombres no son libres; esto es, si obran siempre por necesidad, y no por eleccion; ó lo que es lo mismo, si una fuerza secreta, pero irresistible, los determina en todas las elecciones; si no son jamas verdaderamente los dueños de elegir entre dos ó mas partidos que se ofrecen; es evidente que la naturaleza sola, ó si se quiere, la fatalidad ó el Ser Criador, es el solo responsable de sus acciones; los hombres no deben dar entonces cuenta de nada. Cada hombre hace siempre lo que debe hacer, porque no puede jamas hacer sino lo que hace. Ninguno de ellos es ni bueno ni malo, ni culpable ni inocente, ni vicioso ni virtuoso.

Sobre esto tienes tambien el consen-

timiento de todos los pueblos. El género humano no ha variado jamas en sus opiniones sobre este punto. Si se han hallado algunos filósofos que hayan escrito ú hablado contra la libertad del hombre, sea por vanidad ó por parecer superiores á las preocupaciones vulgares, sea por un extravío de entendimiento, que apenas puede concebirse, no han persuadido por cierto de ello á ningun pueblo, y ni aun ellos mismos lo han quedado. Siempre se les ha visto en la práctica conducirse en consecuencia del dogma de la libertad, y como personas que suponian su existencia y realidad.

Todas las leyes suponen la libertad, como reconocida y confesada de todo el mundo. Sin esto serian aquellas ridículas, injustas y crueles; sobre todo las que establecen penas contra los malhechores. ¿Qué dirias, Teotimo, si vieras formarse un Tribunal de Jueces con grande aparato para pronunciar sentencia de muerte contra un leon ó un lobo que hubie-

ra degollado á una oveja? Los tratarías de locos. Ahora, si los hombres no son libres, ve ahí lo que son nuestros Tribunales cuando se juntan los Jueces para sentenciar á un asesino ó á un ladrón de camino real. Porque, en fin, aunque hay diferencia entre el hombre y el león, si el hombre no es libre, no es menos cierto decir, que el asesino fue determinado á matar á su semejante por un impulso tan necesario, como el que tuvo el león para degollar la oveja. Mátese al asesino, si se quiere, como se mata al león; pero sin reprenderle y sin difamarle. Que le maten, sintiendo su desgracia, mas no echándole en cara su delito.

Mas, ¿para qué hemos de buscar fuera de tí pruebas de tu libertad, cuando tu las tienes dentro de tí, y á las cuales no puedes dejar de rendirte? Me parece que hago aquí lo que un hombre que tragese testigos para certificarte que veias el Sol, que vivias, que pensabas, que andabas, &c. porque tu sientes que eres libre, y no

hay nada que sientas mejor, nada de que mas frecuentemente hagas experiencia que de esta verdad; y si yo quisiera persuadirte á que este sentimiento no está en tí, ó que te engaña, me despreciarías. El conocimiento del sentimiento, mi querido Teotimo, es el mas fuerte y el mas persuasivo de todos los conocimientos. Si el sentimiento que tu tienes de tu libertad te engaña; si la aprobacion interior que te das á tí mismo cuando haces bien, y la desaprobacion que pronuncias tambien contra tí mismo, á pesar tuyo, cuando haces mal, fuera una ilusion; Dios seria ciertamente la causa, y el que te engañaba. Ahora, nada seria mas indigno de su santidad, de su justicia, de su bondad y de su magestad, que el burlarse así de tí, y de todo el género humano contigo.

Terminemos esta Conferencia, mi amado, Teotimo, por una observacion que esparcirá una gran claridad sobre todo lo que acaba de decirse, y que te causará tanto mas placer cuan-

to no es mas que el desenrollo de lo que ha pasado en tí hasta ahora, sin que lo hayas advertido, ó á lo menos *sím* que de ello te hayas dado cuenta á tí mismo.

El hombre experimenta sin cesar en sí mismo una doble impresion, de las cuales la una le impulsa á desear la dicha en general; y la otra le lleva á desear los bienes particulares, que se representa como capaces de contribuir á su felicidad. La segunda de estas impresiones nace de la primera; pero aunque la primera sea invencible, la segunda no lo es por eso. ¿Cómo lo sabemos? Porque lo sentimos. Yo siento en mí muy distintamente, que la impresion ó el instinto que me impulsa á desear la dicha en general es insuperable; que no puedo sustraerme de su imperio, y que haré vanos esfuerzos para ello. Yo siento en mí mismo muy distintamente tambien, que la impresion que me lleva á desear los bienes particulares, está sometida á mi voluntad, y que soy dueño de moderarla,

de reprimirla, á veces de ahogarla enteramente; y que en fin, yo soy siempre árbitro de no obedecerla, y es imposible que sobre esto me alucine.

Porque Teotimo quiere ser feliz, ha abrazado el partido de la virtud. Porque Cleanto quiere ser dichoso, se ha abandonado al vicio. Sin embargo, el primero no está obligado á colocar su dicha en la virtud, ni el segundo á colocar la suya en el vicio. ¿Cómo lo probaré? Con su mismo testimonio. Porque Teotimo, á quien hablo, siente en sí mismo, que no ha estado, ni está sino en él, el ser vicioso, y sobre ello tiene esperiencias que deben hacerle temblar. Cleanto conoce muy bien por su parte, que en él ha estado, y está todavía el ser virtuoso, y tiene sobre ello esperiencias que deben causarle la mas justa confusion. Teotimo conoce, como Cleanto, las dulzuras del vicio: Cleanto conoce los atractivos de la virtud, asi como Teotimo. Pues ¿por qué el prime-

ro ha preferido la virtud al vicio? Porque ha querido. ¿Por qué el segundo ha preferido el vicio á la virtud? Porque ha querido. Cuando esten de buena fe, no podrán ni el uno, ni el otro, responder de otro modo á los que le pregunten la razon de la diversidad de sus elecciones, porque su propia conciencia no les responde otra cosa á ellos mismos.

Si me preguntas, por qué la impresion que nos lleva á desear los bienes particulares está sumisa á nuestra voluntad; te responderé, que porque estos bienes se presentan siempre á nuestra imaginacion, como bajo dos aspectos, y como que son á la vez bienes bajo una cierta relacion, y males bajo otra. Por egemplo, la virtud nos ofrece atractivos que enagenan nuestra alma; pero el practicarla, cuesta combates muy penosos y grandes sacrificios. El vicio nos presenta una deformidad que causa horror, porque arrastra tras si el oprobio y la infamia; pero tambien tiene dulzuras y atractivos que seducen. Esto es lo que hace

que el hombre pueda deliberar, y delibere en efecto tan frecuentemente entre la virtud y el vicio. Esto es lo que hace que la eleccion que el hombre hace de la virtud sea loable y meritória, y que la que hace del vicio, sea condenable y digna de castigo; en una palabra, esto es lo que hace que el hombre sea libre.

Recopilemos en pocas palabras, mi amado Teotimo, todo lo que acabamos de decir. El hombre conoce evidentemente que hay acciones que son buenas, y otras que son malas; y él ve entre el vicio y la virtud una diferencia que está en la naturaleza del uno y de la otra.

El hombre es libre; esto es, que es dueño de sus determinaciones y de sus deliberaciones; que puede á su gusto abrazar el vicio ó la virtud, y hacer lo bueno ó lo malo.

El hombre tiene la conciencia del mérito ó del demérito de sus acciones. A pesar que la tiene, se aprueba el bien que hace, y condena el mal que practica. En fin, ello es evidente que Dios

es quien ha dado al hombre estas luces y estos sentimientos.

¿Qué se sigue de aquí, mi querido Teotimo, sino que Dios ha hecho el hombre para practicar el bien, y evitar el mal, practicar la virtud, y huir el vicio? Todo esto es muy evidente; y por esto mismo es evidente también, que hay una ley de naturaleza, que no es mas sino la luz de la razon, y la voz de nuestra conciencia, que nos muestran claramente lo que es conforme al orden, y lo que á él se opone; y que nos enseña al mismo tiempo, que nosotros debemos estar siempre en el orden; ley tan antigua como el mundo; ley grabada en nuestras almas con caracteres indelebles. Nosotros podemos muy bien obscurecer algunos de los preceptos de esta ley; pero no podemos borrar enteramente uno solo, á lo menos de los principales, y mucho menos borrarlos todos.

CATECISMO

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

P. ¿Es permitido todo igualmente á los hombres?

R. No: todo no es igualmente permitido á los hombres; hay acciones que son buenas por su naturaleza, y otras hay que son malas por sí mismas.

P. ¿Cómo sabéis que hay acciones que son buenas, y otras que son malas por su naturaleza?

R. Yo sé que hay acciones que son buenas, y otras malas por su naturaleza, porque la luz de la razon me lo enseña evidentemente. Yo lo sé por el aprecio y por el amor que, á pesar mio, tengo á los buenos, y por el desprecio y aborrecimiento

que siento por los malos. Lo sé por mi conciencia, que me aprueba siempre el bien que hago, y que jamas deja de condenarme lo mal que obro.

P. Si creéis que ciertas acciones son buenas, y ciertas otras malas, ¿es porque vuestros padres ó maestros os lo han enseñado?

R. No; porque yo he comprendido muy bien por mi mismo, que ciertas acciones eran malas, y era preciso no hacerlas; y cuando me han dicho que ciertas acciones eran malas, aunque jamas hubiera pensado en ello, me ha sucedido cuasi siempre el ver al instante, por mi propia razon, que ello era cierto.

P. ¿El hombre es libre?

R. Si, señor: el hombre es libre; esto es, dueño de sus determinaciones y de sus elecciones; y puede como le parezca obrar ú no obrar, practicar el bien ó el mal, y proceder de un modo ó de otro.

P. ¿Cómo sabéis que el hombre es libre?

R. Yo sé: 1.º, que el hombre es

libre, desde luego por mi mismo, porque conozco muy bien que lo soy. 2.º: Porque es una verdad en la cual todos los hombres, sin excepcion, convienen, á lo menos en la práctica. 3.º: Porque si el hombre no fuera libre, no habria diferencia entre el bien y el mal, ó mas bien, porque nada seria bien ni mal, si cada uno hacia por necesidad y precision lo que hacia. 4.º: Y porque si los hombres no fueran libres, todas las leyes que han sido hechas para reprimir y castigar los malos serian injustas y crueles.

P. ¿Pero puede ser que el sentimiento que teneis de vuestra libertad os engañe, y engañe tambien á todos los demas hombres?

R. Esto es como si digérais que Dios me engaña, y engaña conmigo á todos los hombres; y este es un absurdo, y una horrible blasfemia. Nosotros no nos hemos dado á nosotros mismos este sentimiento, sino que lo hemos recibido, y no podemos deshacernos de él. Este sen-

timiento viene, pues, de Dios.

P. ¿Qué conclusis de la diferencia que hay entre el bien y el mal moral: del conocimiento que teneis del uno y del otro; y en fin, de la libertad que tenemos de hacer lo uno ú lo otro?

P. Yo concluyo, que Dios quiere que los hombres, de quienes es el Criador y el dueño, hagan el bien, y eviten el mal, supuesto que les hace conocer de una vez así el bien, y la obligacion en que estan de hacerlo, como el mal, y la obligacion que tienen de evitarlo; y que por consiguiente hay una ley natural, grabada por la mano de Dios en el espíritu y en el corazon de todos los hombres.

TERCERA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad y la existencia de una Religion.

Tu conoces por solo las luces de la razon, mi querido Teotimo, que hay un Dios; esto es, un Ser eterno, y soberanamente perfecto; que ha criado el mundo, y que lo gobierna; que te ha criado á tí mismo, y que es tu dueño absoluto. Ahora este Dios, Criador del mundo, y Criador tuyo, te ha dado el conocimiento del bien y del mal moral, en el momento que tu corazon comenzó á desenvolverse, y en este mismo momento te hizo conocer la obligacion que tienes de abrazar lo uno, y evitar lo otro. Luego estas obligado á practicar el bien, y á huir el mal. Dios al criarte te ha dado una ley que llamamos la ley natural. Esta ley te impone diferentes obligaciones que debes cumplir siem-